

A. G. PORTA

PERSECUCIÓN
Y ASESINATO DEL
REY DE LOS RATONES
REPRESENTADA POR EL
CORO DE LAS CLOACAS
BAJO LA DIRECCIÓN
DE UN ESCRITOR
FRACASADO

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2022 by Antoni Garcia Porta
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-18-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 730-2022

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

| | |
|--|-----|
| Mucho antes de que lleguen los ratones | 9 |
| Y de pronto, el espectro de Marley | 49 |
| El primero de los tres espíritus | 59 |
| El segundo de los tres espíritus | 100 |
| El último de los espíritus | 146 |
| Fin del cuento | 177 |

Para Anna.

Para Isaac y Tanit.

Para Vivien y Joel.

Había un hombre que sabía muchos cuentos nuevos, pero al que ahora se le habían escapado, según decía él mismo.

*Los fuegos fatuos están en la ciudad,
dijo la reina del pantano,*

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

¡Ratones del mundo, uníos!

Famoso lema del Manifiesto ratonil

Y ahora una pregunta: ¿os resulta extraño que un gusano recite poemas para escarabajos?

De la versión recitada del poema «¿Gato o Conejo?» de XAVIER SABATER

MUCHO ANTES DE QUE LLEGUEN LOS RATONES

Es Navidad. Bueno, todavía faltan unos días, y como cada año por estas fechas el escritor fracasado se dispone a contar una historia adecuada para lo que se considera una festividad tan entrañable. Se le ocurre que podría construirla en torno al avaro Ebenezer Scrooge, aquel personaje de Dickens que tanto ha dado que hablar. El suyo sería una variante del mismo relato, tratado desde la perspectiva de cualquier otro de sus protagonistas: tal vez desde el punto de vista de Bob Cratchit, el empleado, tal vez del de la mujer de éste, tal vez del hijo de ambos. Hijos hay varios, pero él se refiere al lisiado Tiny Tim. Pienso en ellos y en un argumento en el que el hombre deteste su empleo, y donde la mujer deteste que su marido no consiga cambiar de empleo. No es que aborrezca su trabajo, sino su falta de ética. Para ser más exactos las consecuencias que sufren, como suele ser habitual, los más vulnerables, que, además, suelen ser los más pobres. Bien mirado, lo que el escritor fracasado pretende

abordar son las ramificaciones que se expanden por el mundo, y que sufre la humanidad entera. El escritor fracasado—así es como se lo conoce en su propia casa porque es un fracaso de escritor y porque se trata de un mote que se ajusta como un guante a su idiosincrasia literaria y personal—barrunta que el negocio de su Scrooge deberá ser de altos vuelos, y no un establecimiento como el de los prestamistas Scrooge & Marley de la obra de Dickens. ¿Y qué entiende el escritor fracasado por un negocio de altos vuelos? Pues ni más ni menos que ese lugar privilegiado en el mundo que hace que al otro lado de la línea telefónica siempre pueda hallar a un presidente de gobierno o a un ministro; un lugar que le permita codearse con aquellos que quitan y ponen gobiernos, hacen y deshacen las leyes; con quienes las aplican y con quienes manejan, como él, el destino de la humanidad. ¿Puede un ser así vivir solo? ¿A qué se refiere cuando expresa la idea de vivir solo? No a la soledad física del Scrooge de Dickens, por supuesto, sino a esa otra soledad de quienes viven rodeados de gente que no son ni seres queridos ni verdaderos amigos, sino simples compañeros de viaje, «matrimonios de ambición»—como ha dicho en una entrevista la es-

posa del que fuera un importante político francés—, gente con quien sólo se comparten intereses, es decir, Consejos de Administración y Juntas de Accionistas. Ése es el perfil del individuo que está buscando el escritor fracasado para su cuento, un hombre de negocios rodeado de amistades en la cumbre del mundo, pero irremediablemente solo. ¿Cómo vive la Navidad un personaje así? Pues ahora que lo piensa, de un modo muy diferente al Scrooge original, porque el suyo, incluso viviendo en compañía, pero fundamentalmente solo, pasará la Navidad rodeado por una familia elegida con el esmero de quien anhela estar en el meollo de lo que se cuece en el mundo; quizá compartiendo actividades—esquí o golf, por ejemplo—con otros dirigentes mundiales. Este año ha pensado en algún lugar especial del planeta. De acuerdo, tampoco eso es una novedad, porque él siempre pasa las Navidades en lugares especiales. Un destino singular como el que está buscando el escritor fracasado para su personaje es una localidad donde las elites sólo puedan cruzarse con los de su especie. Él, el escritor fracasado, no conoce lugares así, nunca ha estado en uno de esa supuesta categoría y lo cierto es que esta clase de parajes tampoco apa-

recen en los anuncios de las revistas. En otro orden de cosas, hoy en día el mundo está suficientemente comunicado para que su Scrooge, por recóndito que sea el destino elegido, no eche de menos nada, ni se vea obligado a interrumpir su trabajo, esa importante misión que le ha sido encomendada en la vida. No hace mucho estuvo unas horas en... El escritor fracasado le da vueltas a qué lugar podrá estarse refiriendo su Scrooge, y decide que va a llamarlo *Norte*. Básicamente porque es la dirección hacia donde señala la brújula, y cree que un hombre de las características de su personaje siempre tendrá presente ese Norte que a la vez representa un objetivo del que no va a desviarse. Luego piensa que el término *Norte* podría simbolizar distintas metas y que puede acarrearle cierta confusión, pero prefiere no cambiarlo y admite *Norte*, aunque sea de un modo transitorio. Más tarde buscará en internet destinos para muy ricos o para verdaderamente ricos, y verá cuáles de ellos pueden convertirse en su provisional Norte. Bueno, pues su Scrooge no hace mucho estuvo unas horas en Norte, allí se celebró una de esas conferencias anuales en las que se decide el futuro de la humanidad. Estuvo unas pocas horas, y tal

como llegó se fue, pero ahora está pensando que tal vez sea un paraje agradable donde transigir con esos días en los que se siente dispuesto a aparentar un dudoso relajamiento. Reconoce que el lugar tenía su atractivo, así que le ha pedido a su escribiente... De repente, el escritor fracasado se da cuenta de que un CEO de ese nivel no contrataría nunca a un escribiente. Lo del escribiente es un personaje literario pasado de moda. Para el caso igual le servirá una *assistant*. Lo escribe en inglés porque no se le ocurre que su Scrooge pueda tener de colaboradora a una secretaria o una ayudante. De hecho, incluso cree que llamar *empresa* a un negocio de estas dimensiones resulta ridículo. Debería llamarlo *multinacional*. Y claro, está convencido de que una multinacional no puede permitirse empleados cuya clasificación se encasille en la medianía laboral, al menos en esos puestos de confianza que rodean al CEO. ¿CEO? Es la segunda vez que asoman estas siglas en sus notas. Se pregunta de dónde las ha sacado y se remite a los periódicos. Busca en internet y encuentra una definición que le encaja: «*Chief Executive Officer, the highest-ranking person in a Company or other institution, ultimately responsible for taking managerial decisions*». Eso es.

Vuelve a la *assistant manager*, una *assistant manager* que a su vez dirige un buen equipo de secretarias. Y es a esa *assistant manager* a la que va a encargar que averigüe qué perspectivas concurren en Norte para que él y su familia de ambición pasen la Navidad sin tener que arrepentirse. Ahora repasa una conversación que sostiene el Ebenezer Scrooge de Dickens con un par de caballeros que le solicitan una aportación para los más pobres. Dado que es Navidad, qué menos que ayudar. El personaje de Dickens se los quita de encima sin miramientos, algo que el CEO Scrooge del escritor fracasado no hará. De hecho, en la conferencia anual de Norte, esa que se supone que sucederá en tiempo pasado pero que todavía está por escribir, además de tratar los temas que les son habituales, él y sus colegas accederán a suscribir una ayuda para paliar el hambre del mundo. Allí será donde su CEO Scrooge exclame por primera vez aquello de ¡Paparruchas! Porque no son problemas que considere que le incumban, por supuesto, aunque finalmente decida llevar a cabo una contribución idéntica a la de los otros CEO presentes. Aquí, el escritor fracasado cree que debería añadir una escena que delate la idiosincrasia

del negocio, y como cuatro días antes ha finalizado—acumulando fracaso sobre fracaso, como si de él mismo se tratara—la Cumbre del Clima en Madrid, y se siente muy concienciado sobre el cambio climático y sus consecuencias, no puede evitar que aparezca el tema en sus anotaciones. Para ello propone que uno de los consejeros de su CEO le ponga al corriente de los efectos colaterales que tendrá en la selva y en la población indígena la inevitable intervención de su empresa en Equis, un país sito en los confines del primer mundo. Lo ha leído hace meses en el periódico, pero ahora mismo no sabría decir a qué país ni a qué selva se refería el artículo que leyó. Sin embargo, tiene la impresión de que se trataba de una empresa multinacional con mayoría de capital español, o con capital proveniente de diferentes países, pero radicada en España, si bien eso tampoco podría asegurarlo. En cualquier caso, sí que ha leído que en la citada cumbre se ha hablado extensamente de indígenas sin voz ni voto a quienes todos los demás zurren sin compasión. Indígenas a los que llaman *primeros pobladores* en un intento de aparecer políticamente intachables. *Aboriginal Peoples* o *First Nations*, en boca de algunos. Piensa entonces en la nacio-

nalidad de su CEO Scrooge, de nombre inglés, que tan ricamente podría dirigir una empresa multinacional con sede en Madrid o Barcelona que asole a una población nativa de un país en la periferia del planeta. En realidad, cavila, tanto da de dónde proceda, aunque prefiere mantener el nombre de Scrooge, ya que éste es el personaje en el que pretende inspirarse. Y no importa tanto su nacionalidad porque en el fondo, piensa él, todos esos CEO son idénticos y, sean de aquí o de allí, las diferencias van a ser de detalle. Más bien anecdóticas. De modo que las posibles consecuencias que vaya a desencadenar la susodicha intervención en la vida de esos *primeros pobladores*, confrontada con la mejora que experimentarán el resto de ciudadanos de Equis no admite comparación. Mil a uno, escucha decir el CEO Scrooge a su consejero, así que tema zanjado. Scrooge estruja, retuerce, agarrota, como dice Dickens, a las personas con las que trata, y el sucedáneo del escritor hace exactamente lo mismo, sólo que a otro nivel. Digamos que se mueve en otra escala planetaria. «Otra dimensión», apunta en la libreta. Bueno, si Scrooge había llegado a llorar—durante unos pocos instantes, tampoco exageremos—la muerte de su socio

Marley, al escritor fracasado le cuesta creer que su CEO haya llorado jamás. Ni por su propia madre, admite. Todavía no ha hecho salir al consejero por la puerta y el escritor fracasado regresa ya a Norte. ¿No es Norte el destino en que pensaba su personaje cuando se ha visto interrumpido? Sí. Iba a pedir a su *assistant manager* que averiguara si Norte es un buen lugar para que él y su familia de ambición pasen las Navidades. Ahora que lo piensa, el escritor fracasado aún no ha resuelto si el centro de operaciones de su CEO Scrooge se halla en Nueva York, Londres, París, Tokio u Hong Kong. Nueva York no, porque en su momento ya escribió un remedo de cuento navideño a rebufo de *Caperucita en Manhattan* de Carmen Martín Gaité y no quiere repetirse. Madrid o Barcelona le parecen poco relevantes en esos aspectos que desea destacar. Tal vez porque un CEO del Ibex 35 tampoco admita comparación con otros CEO cuyas empresas cotizan en la Bolsa de Nueva York, Tokio o Londres, para poner unos pocos ejemplos. Pero ¿por qué un gerifalte, jefazo o mandamás del Ibex 35 va a ser menos que esos cuyos nombres resuenan internacionalmente? Cuando habla de esta clase de corporaciones—ahora la palabra *corporación* le gus-

ta más que *multinacional*—imagina un Club de verdaderos patrones sin patria ni religión que no sea la de sus propios asuntos. Nada personal. «Sólo negocios», anota en uno de los márgenes de la libreta. ¡Un Club! ¿Existe un Club con mayúsculas donde se encuentren, coincidan e intercambien opiniones, puntos de vista y estrategias para controlar el mundo, esa clase de individuos que son como su CEO Scrooge? No lo sabe, pero probablemente exista. Ha oído hablar de uno de los más selectos clubs de estas características. Le parece recordar que lo llaman el club Bilderberg. Lo busca en internet y resulta ser el grupo al que pertenecen, o son invitados a sus reuniones, las ciento treinta personalidades más influyentes del planeta. Y le parece recordar que esta elite mundial se reúne una vez al año a puerta cerrada. Ahora ya sabe a qué Club pertenece su CEO Scrooge y cuál será el destino al que desea viajar con su familia la próxima Navidad. Norte es ese lugar donde este año se celebró la conferencia del club Bilderberg y éste es el lugar en el que, aunque fuese sólo por unas pocas horas, estuvo él, y, mira por dónde, también podría ser un buen destino navideño. En fin, piensa que más adelante profundizará en esa clase de detalles y

se centra en el consejero que está saliendo por la puerta y que en el cuento de Dickens podría ser ni más ni menos que Bob Cratchit, ese dependiente de buen corazón, tan comprensivo que, sin dar por buenos los valores de su patrón, los acepta sin rechistar. El escritor fracasado anda perdido entre varias ideas que avanzan en una misma dirección. Por enésima vez regresa al momento en que su CEO Scrooge pensaba pedir a la *assistant manager* que averiguara si Norte es el lugar adecuado que está buscando: qué actividades—*experiencias* les llama él—podría llevar a cabo y esa clase de cosas. De acuerdo, una *assistant manager*, cuando recibe un encargo de tales características, dispone de especialistas de probada solvencia que no planifican viajes de vacaciones *prêt-à-porter*; es decir, especialistas en otra cosa. Y él, el escritor fracasado, pero también su personaje, no van a perder tiempo en eso. Sólo deben centrarse en saber si Norte va a ser un buen destino. Pero volvamos atrás, porque mientras el CEO Scrooge aprieta el botón del intercomunicador que lo conecta a esa secretaria con tratamiento ampuloso, el escritor fracasado interrumpe su trabajo y se dice que llegado a este punto debe reflexionar sobre el conte-

nido de su relato. El de Dickens es de tinte social, humanitario y de eso que ahora suelen llamar *buenismo*, y la versión que él se propone llevar a cabo representa un cambio de época y de tamaño, y cuando piensa en tamaño se refiere tanto a la empresa—aquí *corporación*—como a las consecuencias de su actividad. Francamente, especula, tal vez no deba ser ése el propósito de su relato, ¿no? De pronto, resulta que ha perdido la seguridad inicial. Aunque ha de reconocer que la mayoría de cuentos navideños poseen una fuerte carga moral, aleccionadora, de buenas intenciones, que es lo que se pretende que sea la Navidad. Ya sabe que ahí están a su disposición infinidad de ejemplos, desde los clásicos cuentos que retratan una dulce Nochebuena hasta esas historias de combatientes que a ambos lados de sus respectivas trincheras escuchan al enemigo las mismas canciones que ellos canturrean. Siempre que ocurre eso se produce un silencio extraño, apacible. El escritor no sabe muy bien cómo describirlo. Caen copos de nieve y a la vez el cielo aparece estrellado en medio de una noche serena, sin disparos ni deflagraciones artilleras. Nada. Y en el centro de esa nada los vigías de ambos bandos, con su fusil al hombro,